

CAPITÁN NEMO

# LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

EL FARO MALDITO



Todo el mundo está convencido de la existencia de los fantasmas. ¡Hasta el capitán Nemo afirma haber visto seres sobrenaturales!

Pero al joven Jules no le basta con lo que dice la gente, él tiene que comprobar científicamente si es verdad o no. ¿Y qué mejor lugar para hacerlo que el faro abandonado y habitado ahora, según cuentan, por un espíritu?

Si los fantasmas no existen, algo raro debe de estar ocurriendo en el faro y Jules y sus amigos van a meterse en problemas por curiosos. Y si los fantasmas sí existen, entonces correrán un peligro mortal, porque no hay nada que pueda detener a un fantasma cuando quiere llevarte con él al más allá.

## Los aventureros del siglo XXI

Jules Verne

Es un niño de doce años, muy inteligente y extraordinariamente imaginativo. ¡Su curiosidad no tiene límites! Se pasa el día ideando artilugios para el futuro, como un vehículo para ir por el fondo del mar o una máquina que detecta la presencia de fantasmas. ¡Sabe que algún día alguien hará realidad sus ideas!

Huan



De origen asiático, tiene doce años, es compañero de escuela de Jules y su amigo del alma. Tiene un gran sentido del humor ¡y siempre está metiendo la pata! Le encanta hacer gamberradas, en especial a sus profesores. Aunque intente mostrar lo contrario, es el más miedoso del grupo.

Caroline



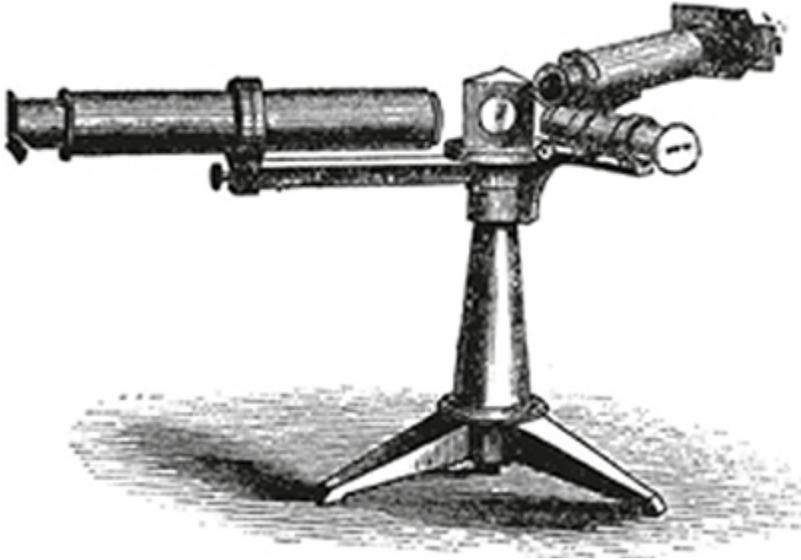
Prima de Jules. Tiene trece años y es una niña encantadora. Proviene de una familia adinerada. Es inteligente y muy rápida a la hora de tomar decisiones. Estar con Jules y sus amigos es su válvula de escape para contrarrestar su rígida vida familiar.

Marie



Tiene once años, es de familia humilde y siempre se preocupa por los más necesitados. No oculta que le hubiera gustado ser un chico porque «pueden hacer lo que quieren». Es ágil, soñadora y muy imaginativa. Está convencida de que si los adultos también lo fueran, ¡el mundo funcionaría mejor!

## PRÓLOGO DEL CAPITÁN NEMO



Nantes (Francia), invierno de 1840

Con mucho cuidado, Jules sacó del bolsillo de su chaqueta un animal sorprendente que Huan, su compañero de pupitre en la última fila del aula, miró fascinado. Era otra de esas criaturas mecánicas de cuerda que su amigo construía en casa. La primera había sido un pájaro; la segunda, una lagartija, y la tercera, un abejorro. Era como si eligiera animales cada vez más pequeños para demostrar su habilidad. Huan imaginaba que el próximo sería una mosca o incluso

un mosquito, pero se equivocaba: lo que su amigo tenía en la palma de la mano era una especie de araña hecha con el mecanismo de un reloj de bolsillo y unos alambres rígidos para las patas. Aunque fuera de metal plateado, parecía de verdad.

Jules le dio cuerda y la puso en el suelo para que correteara entre las dos filas de pupitres. Algunos alumnos la vieron enseguida y se rieron, luego miraron a Jules y le guiñaron un ojo. Otros bajaban la cabeza solo cuando percibían movimiento a su lado y botaban del susto en su asiento.

El joven inventor creía que la cuerda de la araña solo daría para que avanzara un poco, pero no fue así; el animal artificial recorrió todo el pasillo y llegó hasta los pies del profesor Claude Mathieu, que estaba escribiendo en la pizarra. Cuando se dio la vuelta para comenzar una explicación y sus ojos cayeron sobre el insecto mecánico, se sobresaltó y profirió un grito. La risotada fue general.

Al severo señor Mathieu, que era también el director del colegio, no le gustaban nada las risas en clase y las cortaba de raíz. Pisoteó la araña hasta que no fue más que un mononcito de metal aplastado en el suelo.

Ninguno de los alumnos se extrañó de que después caminara derecho hacia el pupitre de Jules con los ojos echando fuego. Como el propio profesor, sabían que solo él podía ser el artífice de aquella sorprendente araña, e iba a recibir el castigo correspondiente. Primero le recriminaría su conducta con duras palabras y después lo expulsaría de clase al tiempo que lo amenazaba con hablar con sus padres.

Otro descubrimiento, sin embargo, hizo que no tuviera lugar la escena habitual. Cuando estaba a solo un paso de Jules, Mathieu vio que bajo el tablero del pupitre del chico, en el hueco para dejar la cartera, sobresalía una caja plana de madera.

—¿Se puede saber qué es eso que tiene ahí, Verne? ¿Otro diabólico ingenio de los suyos? —preguntó el profesor con todo su malhumor—. ¡Póngalo encima del pupitre para que yo lo vea!

Jules obedeció. Mientras lo hacía, a espaldas del profesor se formó un pequeño grupo de estudiantes, que se habían levantado sin hacer ruido y se habían aproximado de puntillas para ver también lo que sin duda era otro invento de su compañero.

Se trataba, según le explicó Jules a Mathieu, de un escritorio portátil. Tenía una tapa delgada con una pizarra en su cara interna, una superficie para escribir en papel, compartimentos para la tinta, la pluma y las tizas, e incluso un cajón donde guardar cuadernos y libros. Un auténtico pupitre-cartera.

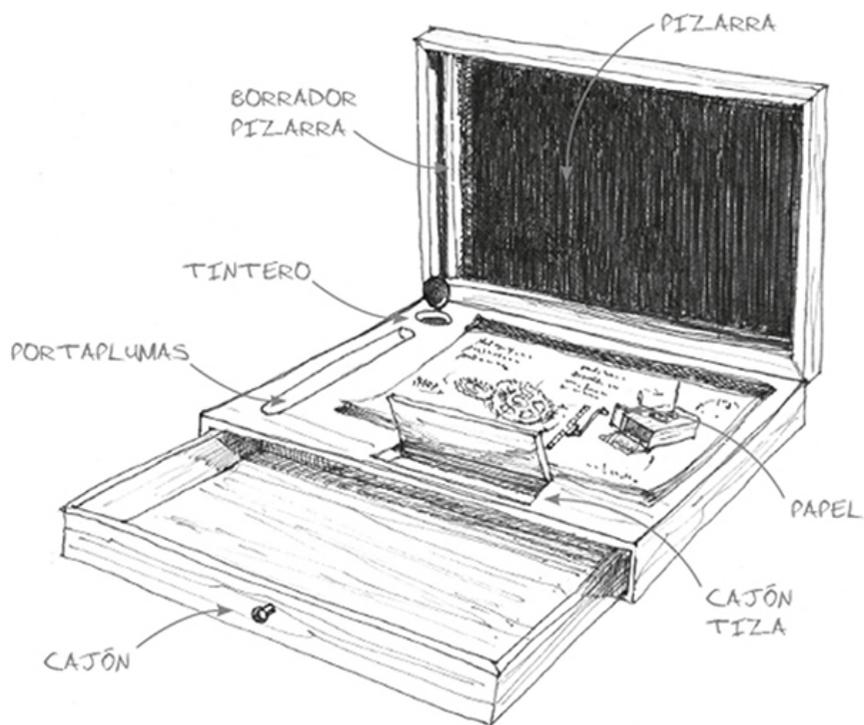
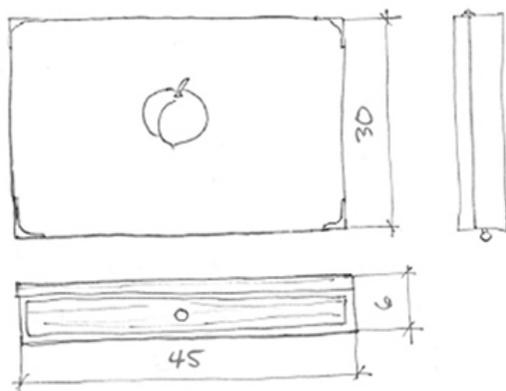
—Me sirve para tener ordenado el material de clase, hay un lugar para cada cosa, por eso lo llamo «ordenador personal» —dijo el chico.

El profesor no supo qué replicar. Esperaba horrorizarse ante otro artilugio mecánico de Jules, pero lo que veía era una escribanía muy bien pensada, propia de un alumno aplicado. Por desgracia, al ver el desconcierto de Mathieu, Jules se lanzó a una de sus predicciones:

—Es muy útil, dentro de un tiempo todo el mundo tendrá uno. Pero los ordenadores del futuro serán mucho mejores, porque en vez de pizarra habrá una tela translúcida donde se proyectarán imágenes ampliadas de la información contenida en el cajón. La información estará en código y ocupará muy poco, así se podrá almacenar en grandes cantidades.

Detrás del profesor, los compañeros de Jules estuvieron a punto de reírse, pero lograron contenerse, algunos tapándose la boca.

## ESCRITORIO PORTÁTIL



—¿Tela translúcida para proyectar imágenes? ¿Información en código? Pero ¿de qué habla? Esas extravagantes ideas tuyas sobre el progreso y la ciencia le han hecho perder el juicio, Verne. ¿O acaso se está burlando de mí?

Entonces sí estallaron las carcajadas de los alumnos, seguidas de carreras apresuradas.

—¡Todos a su sitio! —vociferó Mathieu, que se sentía ultrajado por aquel desbarajuste en el aula del que ni se había percatado—. ¡Y usted, Verne, cuando terminen las clases, suba a mi despacho con su «ordenador»!

—¡Me tiene harto con sus descabelladas fantasías futuristas y sus gamberradas en clase!

El director Claude Mathieu se había puesto en pie nada más entrar Jules en su despacho. Todo en él manifestaba el odio que en ese momento —y siempre— sentía por el chico: el tono imperativo de su voz, los ojos enfurecidos y desencajados, los gestos bruscos de sus manos y la inclinación hacia delante del cuerpo.

—No es el futuro lo que debería importarle —siguió diciendo el director—, sino el presente. Y su presente somos este colegio y yo. Sé que le gustaría que lo expulsara, pero ya le dije una vez que no lo haría, que esto es un combate entre los dos y seré yo quien lo gane, ¿me ha entendido? ¡Voy a quitarle de la cabeza esas ideas absurdas y revolucionarias!

La furia de Mathieu iba en aumento. Rodeó el escritorio y agarró a Jules por el cuello con fuerza.

—Me hace daño...

—Esto no es nada comparado con el que le haré si no cambia de conducta.

La mano de Mathieu apretaba cada vez más y a Jules le costaba respirar. No sabía qué hacer, si revolverse contra el director a patadas y puñetazos o esperar a que la mano aflojara.

El director lo soltó al fin.

—Ahora coja todo lo que tiene en esa escribanía y déjela sobre mi mesa. ¡Y luego márchese!

Jules, con tristeza, hizo lo que le mandaba el director. Estaba seguro de que era la última vez que vería el «ordenador personal» al que tantas horas de trabajo había dedicado.

Cuando abría la puerta para salir, algo llamó su atención en el abrigo que colgaba del perchero. Del bolsillo interior asomaba la empuñadura de una pistola. Jules se quedó paralizado de miedo.

—¿Qué hace ahí plantado? ¡Fuera de aquí! —le ordenó Mathieu.

Caroline, Huan y Marie esperaban a Jules en la verja del colegio, como todos los días. Huan les había contado a las chicas el incidente de la araña y que Jules debía presentarse en el despacho del director antes de marcharse. Aquello las asustó. Mathieu no solo era un profesor tiránico, sino también un hombre muy peligroso y capaz de todo, hasta de matar.

Los cuatro amigos habían estado a punto de ser sus víctimas meses antes, en otoño. Una madrugada se habían escapado de casa para ver de cerca un globo aerostático que se exhibía en la ciudad, y cuando estaban subidos en el aparato, Mathieu y unos encapuchados lo habían soltado en mitad de una temible tormenta. Habían sobrevivido de milagro.

Huan y las chicas vieron salir abatido y con cara de estupor a su amigo.

—¡Se lo ha quedado! —Fue lo primero que dijo.

—¿Que se ha quedado el qué? —le preguntó Caroline—. Venga, cuéntenos todo lo que ha pasado en el despacho de Mathieu.

Sus amigos escucharon con sorpresa los detalles de la entrevista entre el director y Jules. Aunque también estaba asustado por lo que había visto, en ese momento predominaba en el chico la rabia por la pérdida de su «ordenador personal», esa caja maravillosa que había deslumbrado a sus amigos cuando se la había enseñado. Ellos sintieron sobre todo temor al saber que Mathieu estaba armado.

Permanecieron unos instantes en silencio a la puerta del colegio. Pero luego Marie reaccionó.

Para ella, aquella era una tarde muy especial, y ya estaba nerviosa por lo que harían a continuación. El «ordenador» no era el último invento de Jules; el día anterior habían terminado entre los cuatro un artilugio para los residentes del asilo donde ella echaba una mano como voluntaria. Era un aparato muy particular en el que tenía puesta mucha ilusión. No iba a permitir que nadie le chafara el día del estreno de aquel invento.

Como tampoco iba a permitir que nadie le estropeará los que quizá fueran sus últimos meses en el colegio. Era muy probable que a final de curso tuviera que dejar de estudiar para ponerse a trabajar como criada, chica de los recados o lo que fuera. Tenía seis hermanos pequeños, y sus padres, modestos artesanos, no ganaban suficiente dinero para mantener a la familia.

Los estudios en sí no le importaban mucho —aunque sacaba buenas notas—, pero sus amigos eran lo mejor que había en su vida. Con Jules y Huan había formado el club de Los aventureros del siglo XXI, al que luego se había unido Caroline, la prima de Jules recién llegada de París. El propósito del club era sencillo: mejorar el mundo y la vida de las personas, ya fuera con grandes o con pequeñas cosas, como el invento que iban a estrenar esa tarde. También gracias a ellos, el mundo sería mejor en un futuro lejano, ¡en el siglo XXI!

Jules no se dejaba desanimar fácilmente y jamás renunciaría a saber cada vez más ni a inventar, pero el enfado le

duraría unas horas y Marie quería que olvidara cuanto antes la pérdida de su «ordenador».

—Pues si él se ha quedado con tu escritorio portátil, nosotros fabricaremos más, muchos, para todo el que quiera, y Mathieu rabiará cada vez que vea uno. Comparado contigo, el director es un hombre insignificante.

Y le dio un beso en la mejilla a Jules mirando de reojo a Caroline con toda intención. Tiempo atrás, en su aventura en la isla, había visto a los primos agarrados de la mano en la playa; por alguna razón, no le había gustado nada y quería poner celosa a la otra chica.

—¡Y ahora vamos a recoger tu invento y llevarlo al asilo, nos están esperando! —dijo, y echó a andar.

Esto era lo que contaban las páginas iniciales de los cuadernos en que Caroline narró la segunda gran aventura de los cuatro amigos y que, pasado el tiempo, depositó en mis manos para que los guardara.

Desde que los cuatro jovencitos habían regresado de aquella isla perdida en el océano Atlántico, mi amistad con Los aventureros del siglo XXI se había vuelto más estrecha. Yo había convertido la ciudad de Nantes en mi puerto de partida y de llegada en cada uno de mis frecuentes viajes por todo el mundo. Tenía la impresión de que allí, el progreso de la civilización se estaba jugando mucho contra las siniestras fuerzas que querían frenarlo. No me equivocaba. Era una guerra silenciosa y oculta en la que yo debía tomar parte.

Jules, Marie, Caroline y Huan se encontraban, sin haberlo buscado, en medio de aquella guerra. Y estaban a punto de librar la siguiente batalla, tan peligrosa como lo son todas las batallas, pero además realmente terrorífica.

A mí todavía me da escalofríos leerla.

CAPITÁN NEMO

## Capítulo 1

# UNA SILLA CON ALMA. LAS VISIONES DEL ANCIANO



El transporte del invento de Jules, de la tienda del señor Shian, el padre de Huan, a La Charité Nantaise, la institución benéfica donde trabajaba Marie, causó sensación. La gente se paraba a los lados de la calle para mirar el extravagante aparato que llevaban los chicos. Estaba claro que era una silla, pero ¿para qué le habían puesto aquellas imitaciones de brazos humanos en el respaldo?

Jules iba un poco cortado, porque, aunque siempre se sentía orgulloso de sus inventos, los comentarios que oía eran bastante burlones y hasta crueles.

Huan, en cambio, presumía tanto como si fuese él quien hubiera ideado y montado el invento pieza a pieza. Como la silla no pesaba demasiado y entre los dos la sostenían fácilmente, incluso podía levantar y mover de vez en cuando una mano para saludar, como si el público ocasional lo es-